

TERCER ACTO

Patria VIP

Si bien fue la una de las tres quimeras que desencadenaron el mundo moderno, nada parece ser más repugnante que la aspiración a la igualdad. A pesar de bastillas y guillotinas, por encima de querellas teológicas o racionales, de la confección de trabados argumentos filosóficos y hasta de los poemas de Victor Hugo, la idea de ser iguales a los demás es una afrenta personal.

Claro, dentro de Robespierre había un Capeto y un semi-diós dentro de Stalin: todo defensor de la igualdad es a la vez su verdugo; su propuesta, más que un ideal, es una venganza disimulada. Que somos iguales en lo esencial es algo que aceptamos en la medida en que sabemos lo irrelevante que suele ser todo lo esencial. Por dentro, sabemos que se trata de una tesis que de inmediato alivia el gruñido de nuestro cerdo interior: “Sí, pero algunos somos más iguales que otros.” La abominación de la realeza genera así superioridades que no por alternativas resultan menos suculentas, una aristocracia suplente que figura en el *Gotha* pedante de las revistas rosas y cuyo pedigrí se mide en numerales: los príncipes de Labolsa, las condesas de Publicidad, los condes de Metogol y las archiduquesas de Mirenmistetas.

Si antes las jerarquías formales se limitaban a ese breviario realista de la primera y la segunda clase, la modernización del país vio el debut de una clase social imprecisa. Su necesidad de desigualdad (hacia los de abajo) y pantomima (hacia los de arriba) suscitó en los proveedores de servicios una pertinaz mercadotecnia de signos diferenciadores. Un indicador elocuente del nuevo estado de cosas lo aportaba la industria del traslado de viajeros, en su lucha por hacerse de clientes. Los autobuses —en un país donde el avión era inaccesible y los trenes ya habían agonizado— crearon el *Servicio de Luxe* que consistía, básicamente, en homenajear al pasajero con una bolsa de cacahuates. Vinieron luego la *Primera Plus* (que incluía “servicio de excusado para su comodidad”), la *Súper Extra Primera* (con “edecán”), la *Primera Plus Duxx* (con asiento reclinable) y, finalmente, cuando los latinajos se agotaron, la categoría “Servicio Ejecutivo” (incluía todo lo anterior, mas seguro de vida). Lo *ejecutivo* satisfizo durante varios años la ilusión de ser más importante que otros. Hacía sinónimo de lujo, calma y voluptuosidad una categoría laboral que pasaba por envidiable en ese México que comenzaba a hervir de candidatos a burgués. Brotaron por doquier taxis, florerías, billares, gasolineras y extremaunciones *ejecutivos*. Cuando apa-

reció el primer Taco al Pastor Ejecutivo, fue necesario escapar otra vez de la igualdad creando nuevas categorías. ¿Cómo? Apareció el *ejecutivo dorado*, que es lo mismo que el ejecutivo, pero con postinero video de karatekas.

Ahora, la expresión que sintetiza todas las fantasías antiigualitarias es lo VIP, siglas que se preservan en prestigiado inglés —el de Winston Churchill, que las acuñó en su manía de abreviar los mensajes durante la guerra—, se pronuncian biaipí, significan “persona muy importante” y son masculinas (pues las mujeres son VIPs sólo por reflejo de hombre). Desde luego, pronto aparecerán los tacos VIPs que, además de ser tacos, serán personas importantes y habrá que comenzar de nuevo. El anhelo de ser VIP y escapar del soso rasero de la masa gris impera hoy en el alma mexicana. Es comprensible: arraiga en el nacional complejo de inferioridad y combina perfectamente con el patrio instinto gesticulador.

Hay VIPs civiles y VIPs oficiales. Como lo demuestra el consenso de la cultura nacional —es decir: la televisión—, graduarse de VIP civil sólo es posible luego de cumplir con una ardua enumeración de requisitos: despojarse de toda noción de intimidad, poseer un modesto coeficiente intelectual, mostrar liberalmente los pectorales y/o las glándulas mamarias, excluir de la lengua castellana toda palabra bisílaba o superior, colgar el resultado alrededor de la expresión *oseá güey* y, por último, tener la capacidad de lanzarle una almohada a otro *oseá güey* que esté cerca. Cumplido el expediente, el *oseá güey* es celebrado por la ralea como un VIP que logró escaparse de su seno.

(El *oseá* es crucial. Pura transitoriedad, esta muletilla redefine la lengua nacional —y nuestra idiosincrasia— como una aprendiz de afásica. Liana resistente para pasar colgando de una tontería a la que sigue, el *oseá* delata la conciencia de que lo que se dice es tan nimio, o sea imbécil, que hay que traducirlo a otra cosa güey, menos relevante o más tonta aún, *oseá*, y así sucesivamente, con tal de no caer *oseá* nunca en el error de articular algo responsable y de una vez, güey, *oseá*, algo que sería impropio de un VIP, *oseá*.)

Ser VIP oficial es más difícil aún. Se entiende que un VIP oficial lo es por pase automático y está exento del examen probatorio. Luego de cada *oseá*, debe hacer pausas de siete segundos como mínimo. Lanzará almohadas sólo si la Patria así se lo demandare. Mostrará sus pechos sólo ante las balas del invasor. —